

## Un hombre peligroso

La guerra entre J. Edgar Hoover y el fiscal general Robert F. Kennedy fue una campaña de tierra quemada que ardió durante toda la década de 1960, amenazando con consumir al FBI, al Departamento de Justicia y a la propia Casa Blanca.

Robert Kennedy aseguraba que encontraba a Hoover «bastante aterrador»; que era un hombre «peligroso» que dirigía «una organización muy peligrosa». Pero creía que «era un peligro que podíamos controlar». Robert Kennedy pensaba que podía imponer su autoridad a Hoover: «Por primera vez desde que es director del FBI, tenía que recibir instrucciones u órdenes del fiscal general de Estados Unidos, y no podía pasar por encima de él».<sup>1</sup>

Pero a Hoover no le interesaba recibir instrucciones de un joven insolente que nunca había dirigido otra cosa que la campaña presidencial de su hermano.

Hoover creía que «Bobby intentaba apoderarse del FBI, controlar el FBI y aguar el FBI —decía uno de los más estrechos colaboradores del director, Deke DeLoach—. Trataba de rehacer toda la maquinaria a su gusto, y carecía de la experiencia o el respeto necesarios para imponer esa clase de cosas».<sup>2</sup>

Robert F. Kennedy tenía entonces treinta y cinco años: había nacido en 1925, solo unas semanas después de que Hoover se hiciera cargo del FBI. Él no había pedido ser fiscal general, ni tampoco era la primera opción de su hermano. Pero había cierta lógica en ello. John Kennedy era el tercer presidente seguido que nombraba fiscal general a su director de campaña, ya que el cargo se había convertido en un puesto político, que exigía lealtad por encima de todo. Robert Kennedy era antes que nada leal a su hermano. Y su padre, cuyos millones habían

ayudado a ganar las elecciones, se lo exigió. Por su parte, Hoover le había dicho a su viejo amigo Joe Kennedy que aprobaba el nombramiento. Lamentaría haberlo hecho.<sup>3</sup>

Al principio, tanto el presidente como el fiscal general trataron de mostrar deferencia hacia Hoover. Pero la deferencia no era algo conatural en ellos. El presidente había pensado que un almuerzo privado en la Casa Blanca de vez en cuando satisfaría a Hoover. «Lo hicimos con la intención de tenerle contento —explicaba Robert Kennedy—. Era importante, en nuestra opinión, que estuviera contento y que permaneciera en el cargo, puesto que él era un símbolo, y el presidente había ganado por un margen muy estrecho.»<sup>4</sup>

Pero sentarse a la mesa en la Casa Blanca unas cuantas veces al año no sería suficiente. De hecho, nada lo sería, ya que casi todo lo relacionado con Robert Kennedy enfadaría al director. El delito del fiscal general fue grave: «Ofendió al FBI», en palabras del subsecretario de Justicia de Robert Kennedy, Nicholas Katzenbach.<sup>5</sup>

#### «NO SABEMOS QUÉ HACER»

El persistente problema de Rafael Trujillo configuró el inicio de la lucha entre Hoover y Robert Kennedy.

El 16 de febrero de 1961, la cuarta semana de la nueva administración, el fiscal general Kennedy firmó una serie de órdenes encaminadas a revelar la corrupción política que había utilizado el régimen para mantener su poder. El FBI instaló los primeros de los casi 800 micrófonos ocultos y alrededor de 582 escuchas telefónicas que se autorizarían durante la administración de Kennedy.

El FBI puso escuchas en la oficina en el Congreso del presidente del Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes, Harold Cooley, en la casa del secretario del Comité, en la embajada y los consulados de la República Dominicana, y en los bufetes de los abogados de los grupos de presión de Trujillo. Por lo que se puede deducir de los archivos existentes, era la primera vez desde la administración de Harding que un fiscal general ordenaba poner escuchas a un miembro del Congreso.

Pero Robert Kennedy no tardó en empezar a mostrarse renuente en el momento en que la investigación comenzó a afectarle de cerca. Si

esta prosegua, podía atrapar a congresistas, senadores y miembros de grupos de presión políticamente vinculados a ellos, la mayoría demócratas conservadores, traficantes de influencia que los Kennedy necesitaban para mantener a raya al Congreso. La única persona a la que se llegó a acusar fue el gacetillero Igor Cassini, un amigo de la familia Kennedy, hermano del diseñador de moda favorito de Jackie Kennedy, un hombre muy popular en los círculos sociales y esbirro a sueldo de Trujillo. Y los datos de aquel caso provinieron de un reportero de investigación, no del FBI. Más tarde, Robert Kennedy calificaría la investigación de Trujillo como el caso «más desagradable» al que se había enfrentado nunca —lo que no era poca cosa— y «la única investigación que he suspendido desde que soy fiscal general».<sup>6</sup>

Kennedy suspendió el caso después de que el generalísimo fuera objeto de una emboscada y asesinado por sus opositores en las afueras de su capital la noche del 30 de mayo de 1961. El apoyo moral de Estados Unidos no salvó a 12 de los 14 conspiradores de morir brutalmente asesinados en represalia a manos del hijo, los hermanos y los herederos políticos de Trujillo, que no tardaron en recuperar el poder.

«El gran problema ahora —escribía Robert Kennedy poco después del asesinato de Trujillo— es que no sabemos qué hacer.»<sup>7</sup>

La Casa Blanca tardaría años en encontrar una respuesta. La solución final vendría de J. Edgar Hoover. Al final, sería este quien escogería a un nuevo líder para la República Dominicana.

### «¿DESPEDIR A J. EDGAR HOOVER? ¡POR DIOS!»

Según reconocería el propio Robert Kennedy, cuando se convirtió en fiscal general no se quedaba despierto por las noches preocupado por el comunismo o los derechos civiles: pensaba en el crimen organizado. Quería que el FBI fuera a por la Mafia, tal como había hecho él mismo cuando trabajaba en el Comité de Actividades Mafiosas del Senado.

Kennedy trató de tomar el control del FBI —según le correspondía por ley—, y aquella lucha le consumiría durante el resto de sus días en Justicia.

A Hoover le ofendía que el fiscal general quisiera dedicarse a perseguir a los padrinos de la Mafia en lugar de los agentes de Moscú. Le

enfurecía que Kennedy menospreciara la persecución del espionaje soviético. Se mostraba despectivo con respecto a sus grandes ideas para la creación de una comisión federal contra la delincuencia y fuerzas de choque contra el crimen organizado. Y le horrorizaba su predisposición a las operaciones a la carta, sus acuerdos clandestinos, sus reuniones a solas con un funcionario de la embajada soviética del que se sabía que era espía del KGB, y su papel como chanchullero político del presidente encargado de solucionarle todos sus problemas, nacionales y extranjeros.

A Hoover le enfurecía de verdad que su superior oficial le mandara llamar a él, en lugar de ser al revés. Había tan solo una corta distancia por los pasillos del Departamento de Justicia desde la oficina de Hoover hasta los enormes despachos de Kennedy. Pero Hoover se negaba a recorrerla. «Bobby casi nunca iba a la oficina del señor Hoover, ni Hoover a la suya», contaba Katzenbach. Incapaces de soportar mutuamente la vista o la voz el uno del otro, Hoover y Robert Kennedy resolvieron nombrar a un intermediario. Un agente del FBI al que ambos conocían y que les gustaba a los dos, Courtney Evans, sería su enlace oficial durante tres años. «Courtney le explicaba algo a Bobby de una manera y se lo explicaba a Hoover de otra —decía Katzenbach—. Cuando intentaba venderle a Bobby algo que Hoover quería, se lo explicaba de una manera que lo hiciera aceptable para Bobby, y viceversa.» Tratar de servir a aquellos dos amos era una tarea que pocos hombres podían realizar.

Más avanzada su vida, Evans afirmaría: «Yo impedí que los Kennedy despidieran a Hoover. De vez en cuando se enfurecían con él. Pensaban que desperdiciaba a su personal investigando casos de seguridad nacional». <sup>8</sup> Pero la idea de despedir al director resultaba casi inconcebible. «¿Despedir a J. Edgar Hoover? ¡Por Dios! —decía Katzenbach—. Me pregunto de verdad si el presidente Kennedy habría podido llevar a cabo tal despido.»

Sin embargo, el presidente juró despedir a Allen Dulles tras el desastre acontecido a Estados Unidos en la bahía de Cochinos en abril de 1961. Dulles había vendido sus planes para invadir Cuba y derrocar a Castro como algo seguro. La invasión de la bahía de Cochinos dejó como resultado 114 cubanos de la Agencia muertos, 1.189 capturados, un Castro triunfante, y al presidente estadounidense jurando, según sus

propias palabras, romper la CIA en mil pedazos y dispersarla a los cuatro vientos.

John Kennedy ordenó a su hermano que realizara una autopsia de la invasión y arreglara el aparato de la inteligencia estadounidense. Entre las muchas cuestiones abiertas estaba la de si el presidente nombraría a Robert Kennedy director de Inteligencia Central. El 20 de abril, el día después de que fracasara la invasión, Bobby Kennedy llamó a Hoover para pedirle su opinión acerca de cómo encarrilar a la CIA.

El infinito desdén de Hoover hacia la CIA quedó registrado en sus memorandos manuscritos de la jornada: «Durante años la CIA no ha jugado limpio con nosotros [...] la naturaleza de la CIA no ha cambiado en absoluto. H.».<sup>9</sup> Pero encontró tan intrigante como atractivo el rumor de que el presidente podía poner a su hermano al mando de la Agencia. De un plumazo, ello eliminaría a Robert como superior de Hoover y condenaría al engréido Kennedy a la imposible tarea de lavar la mancha de la bahía de Cochinos del escudo de armas de la familia.

Hoover elaboró un sofisticado informe en tres partes sobre la inteligencia estadounidense y se lo entregó en propia mano al fiscal general. Dicho informe repasaba la historia de la CIA y de las personalidades clave de la Agencia. Hoover perfilaba la historia del espionaje estadounidense desde 1941, subrayando que Kennedy no podía «analizar las debilidades actuales de la inteligencia estadounidense sin remontarse a la historia pasada»; la infiltración comunista durante la Segunda Guerra Mundial había «creado situaciones y problemas que aún hoy afectan a las operaciones de la inteligencia estadounidense».<sup>10</sup> También advertía contra una larga lista de altos cargos de la CIA, destacando al antiguo agente del FBI William K. Harvey, que era el responsable de la recopilación clandestina de inteligencia de comunicaciones en la CIA, pero también un notorio alcohólico que había dado al traste con la investigación del espía atómico Klaus Fuchs.

Es improbable que Robert Kennedy leyera una sola palabra del informe. Harvey se convirtió en uno de los principales participantes en los resucitados complots de la CIA contra Fidel Castro, estrechamente supervisados por el fiscal general.

## «LOS AGENTES NO CONDUCCIÓN AUTOBUSES»

Hoover desafió al fiscal general a voluntad. En aquellos mismos días de mayo de 1961 se produjo la primera muestra clara de su desprecio.

Los Jinetes de la Libertad, un contingente de manifestantes a favor de los derechos civiles blancos y negros, aspiraban a cuestionar la segregación en el Sur recorriendo juntos Alabama en un autobús de larga distancia. El FBI, a través de diversas fuentes públicas y secretas —incluidos los informadores—, supo de sus planes con varios días de antelación, y puso sobre aviso a los agentes de las fuerzas del orden estatales y locales de Alabama. La policía y el Ku Klux Klan, trabajando en colaboración, planeaban interceptar a los manifestantes y dejarlos medio muertos a golpes. También eso lo sabía el FBI.

Hoover había decidido conscientemente no decir al Departamento de Justicia lo que sabía sobre los Jinetes de la Libertad y el Klan. Sus informes escritos a Kennedy sobre los Jinetes de la Libertad trataban sobre todo de las capacidades del Partido Comunista en Alabama.

Hoover desafió las órdenes directas del fiscal general de proteger a los integracionistas, como él los llamaba. Joseph G. Kelly, un agente de treinta y siete años de edad de la pequeña División de Derechos Civiles del FBI, presencié el desarrollo de la historia en el cuartel general de la Oficina.

«El conductor del autobús se negó a seguir llevando a los Jinetes de la Libertad —relataría—. Recibimos una llamada de la oficina del fiscal general, de Nick Katzenbach. Nos dijo que el fiscal general, el señor Kennedy, quería que un agente condujera el autobús de la Libertad. Obviamente, en aquellos días no siempre hacíamos lo que pedía el Departamento si creíamos que ello no redundaba en interés del caso o de la Oficina.

»De modo que le dijimos a Katzenbach que los agentes no conducían autobuses, que eso no estaba incluido en su currículum, y que él tenía allí a varios fiscales de la División de Derechos Civiles que probablemente pudieran conducirlo. Katzenbach dijo: “Bueno, es una petición del fiscal general”. Y yo le contesté: “Lo sé, pero esta es nuestra respuesta”. Entonces colgué el teléfono, llamé a la oficina del director y los alerté sobre el hecho de que Kennedy llamaría, cosa que hizo. El director le dijo lo mismo.»<sup>11</sup>

## «NADIE ESTABA A SALVO DE LA INQUISICIÓN»

Robert Kennedy empezó a percatarse de la ubicuidad del poder de Hoover. Vio que Hoover controlaba el *establishment* de la seguridad nacional estadounidense. El director tenía más información y poder que el fiscal general.

Hoover recopilaba secretos en todo el espectro de la política nacional y exterior de Estados Unidos. Sus agentes de enlace y sus leales le decían lo que pasaba en la CIA, en el Capitolio y en el Departamento de Estado. Entonces el fiscal general trató de identificar y neutralizar a los espías de Hoover en la administración de Kennedy. La batalla se inició en el Departamento de Estado: un clásico duelo entre Kennedy y Hoover, armas en ristre, retando cada uno de ellos a disparar al otro.

«Nosotros teníamos una filtración —decía William J. Crockett, el principal administrador del Departamento de Estado bajo el gobierno de John Kennedy—. Día tras día me llamaba el Comité de Seguridad Interna del Senado para interrogarme acerca de por qué se había dado acreditaciones de seguridad a ciertas personas» y cómo el Departamento de Estado establecía la política exterior.<sup>12</sup>

El senador James Eastland, de Mississippi, un leal partidario de Hoover, era quien dirigía el Comité de Seguridad Interna. Cuando Eastland iba de «caza de brujas», decía Crockett, «nadie estaba a salvo de la inquisición». Crockett sospechaba que en el Departamento de Estado había un topo que actuaba como espía de Eastland, y si el senador tenía un espía en el Departamento de Estado, Hoover también. Según un acuerdo de colaboración oficial forjado en 1951, el personal de Seguridad Interna había enviado al FBI hasta el último fragmento de información confidencial contenido en sus archivos. Pero desde 1955 Hoover y Eastland mantenían un acuerdo extraoficial y de alto secreto para compartir mutuamente información de inteligencia.

Crockett buscó la ayuda del secretario de Estado, Dean Rusk, el cual acudió al presidente, quien, a su vez, acudió a su hermano. Robert Kennedy mandó llamar a su ayudante especial, Walter Sheridan, su investigador favorito en el Comité de Actividades Mafiosas del Senado, ex agente del FBI y veterano de los equipos de escucha de la Agencia de Seguridad Nacional. «Sheridan venía a ser el principal as en la manga» del Departamento de Justicia de Kennedy, le diría Hoover más tarde

a Lyndon B. Johnson.<sup>13</sup> Sheridan sugirió que un amigo y colega de la NSA se encargara de la seguridad del Departamento de Estado, pero a su hombre lo sorprendieron con las manos en la masa organizando la instalación de micrófonos ocultos y operaciones de allanamiento para descubrir las filtraciones. Crockett tuvo que despedirlo en el acto.

Pero había identificado al topo. «El responsable de las filtraciones era Otto Otepka, funcionario de alto rango de la Oficina de Seguridad y una reliquia del período McCarthy —explicaba Crockett—. Este justificó sus actos diciendo: “Siento que es mi deber superior para con mi país revelar los riesgos de seguridad que esta nueva administración está introduciendo en el gobierno. Estoy dispuesto a quebrantar la ley y sacrificar mi carrera para poner fin a esa práctica”.» La investigación de la filtración se reveló demasiado delicada de realizar. La instalación de micrófonos ocultos no podía revelarse. Y siete años después Otepka aterrizó en un puesto de seguridad nacional en la administración de Nixon.<sup>14</sup>

El uso de Walter Sheridan como investigador encubierto por parte de Robert Kennedy «ofendió gravemente al FBI», en palabras de Katzenbach. Hoover pensaba que se estaban usurpando los poderes de la Oficina. El director no permitiría que Robert Kennedy subvirtiera su dominio de los sistemas de seguridad interna del gobierno. Él era quien controlaba el poder de la información secreta.